



## Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 30 (2024)

Antonino DE FRANCESCO (2022), *La Revolución francesa. Doscientos años de combates por la historia*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza (Ciencias Sociales), 451 pp. Traducción de Pedro Rújula y Javier Ramón; estudio preliminar de Pedro Rújula.



La Revolución francesa pasa por ser uno de los episodios históricos más icónicos y de mayor calado en el imaginario colectivo occidental. Personajes como María Antonieta o Napoleón Bonaparte (recuérdese la polémica nacionalista franco-británica despertada en 2023 por la película de Ridley Scott), himnos como la Marsellesa, prendas como el gorro frigio (mascota, por cierto, de los Juegos Olímpicos de París 2024) e incluso un instrumento tan simbólico como la guillotina, siguen resonando en la cultura popular (en el cine, en la literatura, en la moda, en los juegos de mesa...), con una vida propia que trasciende las innumerables páginas que le han dedicado los especialistas.

Y es que, más allá del peso que pudieran tener el Juramento del Juego de Pelota, la fuga de Varennes, la ejecución de Luis XVI, el Terror de Robespierre o el 18 Brumario en su presente histórico, es posible que el gran valor de la Revolución francesa resida en cómo ha sido (re)interpretada; en su capacidad para influir, durante más de dos siglos, en la mentalidad de europeos y americanos; en su versatilidad para inspirar modelos y discursos políticos que se proponían, o bien romper con el pasado, o bien desautorizar a quienes querían hacerlo. Como puntual episodio histórico, forma parte de nuestro pasado, pero ha seguido

---

muy viva en el recuerdo y, desde este punto de vista, ha ido siendo adaptada a innumerables tiempos presentes y puntos de vista.

Esta es precisamente la perspectiva que plantean los estudios sobre la memoria: una vez que el acontecimiento histórico ha tenido lugar (o no), estos hechos verídicos (o verosímiles) cobran una vida propia formando parte de un relato (una narración, un discurso) que lo rememora y lo readapta según las expectativas y necesidades de quien lo cuenta y de quienes lo escuchan. Lejos de ser un mito desdeñable, algo anecdótico, la memoria se convierte en un elemento performativo; un constructo, sí, pero capaz de agitar conciencias, de movilizar a las masas y legitimar a sus líderes. Lo cultural deviene así político-social.

Y este es el enfoque adoptado por Antonino de Francesco en su espléndida obra, publicada en francés en 2018 con el título *La guerre de deux cents ans: Une histoire des histoires de la Révolution française* y que ha sido traducida al español por Pedro Rújula y Javier Ramón (con prólogo del primero), en una más de las grandes aportaciones que estos dos últimos autores vienen haciendo al conocimiento sobre la Crisis del Antiguo Régimen. De Francesco ofrece un ensayo sobre la historiografía —eminentemente francesa, pero con espacio también para ejemplos europeos y estadounidenses— en torno a la Revolución desde 1789 hasta su segundo centenario, si bien la introducción y el epílogo se adentran en lo ocurrido en los treinta años siguientes. Con tal fin, ha estudiado un meritorio corpus de más de doscientas obras, que relaciona con el contexto histórico de cada uno de sus respectivos autores y con las motivaciones personales que los llevaron a reflexionar sobre los años previos y posteriores a la toma de la Bastilla.

Este espectro de dos siglos incluye, como es lógico, a personajes que vivieron y/o protagonizaron el conflicto, obligados a justificar su propia actuación (o la de otra persona cercana, como hizo Madame de Staël el ensalzar a su padre, Necker, a quien convierte en inspirador de la Carta Otorgada de Luis XVIII, que es precisamente el sistema vigente cuando escribe esta autora); pero también comprende a otras plumas que pertenecieron a la generación inmediata o a las sucesivas, que se refirieron a aquellos impactantes hechos (y a los autores que les habían precedido en la tarea) con una agenda claramente presentista, trazando todo tipo de paralelismos y analogías con los que sustentar sus ideas. A decir del prologuista, Pedro Rújula, «la Revolución opera como un reflejo que devuelve desde el pasado una lectura permanente y actualizada de nuestro presente» (p. 25).

La sucesión de sistemas políticos que vivió la Francia de 1789 a 1815 (una monarquía absoluta, una constitucional, una república —más o menos radicalizada y bajo diferentes formatos—, un imperio y una monarquía con carta otorgada) nutrió las expectativas de toda la horquilla política contemporánea. Las primeras páginas se centran en aquellos autores que escribieron sobre una Revolución vivida, pero también sufrida, como ocurrió a Condorcet y Prudhomme, represaliados por el Terror. En qué medida era importante o no la *tabula rasa* con el Antiguo Régimen, hasta qué punto la represión del Comité de Salvación Pública era una traición a —o una acción protectora de— los ideales revolucionarios, o la condición de Bonaparte como salvador o traidor de dichos avances centraron el debate de aquellos primeros años, en los que también se desarrolla una memoria monárquica que cuenta con nostálgicos de la revolución y con partidarios de otras fórmulas (la pactista, la constituyente, etc.) más restrictivas con el poder del rey.

Hicieron los monárquicos, según De Francesco, un «uso pragmático y performativo de la Historia» (p. 55), apuntalando el Antiguo Régimen a través del peso de la tradición (con el catolicismo y la monarquía como dos grandes pilares), y forjando la idea (hablamos de Burke o de Barruel) de un gran complot iniciado por la secta de los filósofos ilustrados y ejecutado por los jacobinos, haciendo de Robespierre el ejemplo de la bar-

---

barie de los republicanos. Pronto, los partidarios de la revolución, inicialmente a favor de la renuncia a la Historia y del discurso sobre una nueva era, tendrían que recurrir al pasado para combatir al bloque reaccionario, y repensar el pasado francés y occidental en el marco de una lucha entre la tiranía y la libertad, como hizo, en sus *Lettres sur l'histoire de France* de 1817, Augustin Thierry; o Guizot, que llegó a considerar que el tercer estado era sucesor de la población de la Galia romana, mientras que la aristocracia descendía de los posteriores ocupadores francos; o Michelet, que planteó 1789 como el culmen de una relación teleológica de los siglos previos.

Tampoco se pueden entender fuera de contexto las obras que, sobre la Revolución de 1789, se escribieron en tiempos de las de 1830 y 1848. La *Histoire des Girondines* de Lamartine, de 1847, es un alegato republicano que intenta aglutinar a la oposición orleanista defendiendo el «carácter inacabado del proceso revolucionario» (pp. 137-138). Otro influyente pensador, Tocqueville, encontraría múltiples paralelismos entre 1789 y 1848. Fuera de Francia, será precisamente el fracaso revolucionario de 1848 el que lleve al descrédito del modelo francés, que comenzará a perder su carácter referencial a la vanguardia del cambio (pp. 201-212).

Revelador en estos procesos de reapropiación del pasado es la violencia del año II, rehabilitada por socialistas como Blanc, que miraron con simpatía el momento político de mayor peso popular. Por su parte, el ideario republicano había seguido haciendo sus propios equilibrios. Dentro de las celebraciones del Primer Centenario, los intelectuales de la Tercera República se ocuparon de la exaltación y la apropiación de Danton, víctima precisamente del gobierno de Robespierre que marcaría la clara diferencia entre el republicanismo y el terrorismo.

Especial interés, dentro de los ejercicios memorísticos, tienen las reescrituras; esto es, aquellas readaptaciones que los autores hacen de su misma obra para acomodarla al cambio de los tiempos (tan mudables y, como tales, propicios para supervivientes políticos como Chateaubriand o Talleyrand). Es lo que ocurrió con la *Histoire philosophique de la Révolution de France*, de Antoine Fantin-Desodoars, publicada en 1796, pero reajustada en 1801, 1807, 1817 y 1820 en un posicionamiento cada vez más conservador hasta su apoyo a los Borbones, que De Francesco atribuye a la sensación de que cada viraje político es, para quien lo vive, el que ha puesto cierre al proceso revolucionario.

La Revolución francesa tuvo, además, eco en la mentalidad de americanos y europeos, algo de lo que también se ocupa —lógicamente, en menor medida— De Francesco. Hablamos de la evolución del pensamiento burkeano en Inglaterra (contestado desde el radicalismo), de la reclamación estadounidense de su excepcionalidad histórica, de la convivencia italiana con las guerras revolucionarias (y con la marca política que dejaron en la península itálica) o de la recepción rusa realizada por los liberales de 1905 y los bolcheviques de 1917 (de nuevo, según su propia conveniencia y perspectiva política), entre otros muchos ecos internacionales. Bien sabemos, por el caso español (ausente en el libro), el papel que Francia tuvo en las bases del pensamiento ilustrado, la enorme influencia que los sucesos franceses tuvieron en el devenir de la monarquía de Carlos IV y el rol jugado por la Guerra de la Independencia, tanto en la Crisis del Antiguo Régimen hispánico como en su condición de mito fundacional de la nación.

Fueron casi tantas las aproximaciones al periodo revolucionario como autores y obras recoge De Francesco. Pero esta *guerre de deux cents ans* supuso un desgaste emocional, o un descreimiento, que condujo —en torno a las celebraciones del segundo centenario— a una lectura más desapegada del periodo, a un cierto revisionismo, encabezado por François Furet, quien, crítico con la lectura marxista de Vovelle y sus antecesores —comenzando por el influyente Lefebvre—, que habían hecho en todo caso meritorios acercamientos a

---

ámbitos como el agrario, el obrero y el propio de las mentalidades, estimaba que la Revolución, lejos de estar inconclusa, se había cerrado con el laicismo y la política democrática de la Tercera República. En lo que respecta al Terror, otro historiador, Patrice Gueniffey, lo habría desprovisto de todo romanticismo al considerarlo un pernicioso y recurrente ejemplo para justificar la violencia en aras del bien mayor revolucionario.

Considera De Francesco que, en los últimos años, se ha producido un divorcio entre la Revolución y la tradición nacional francesa, quedando en los extremos del espectro político. Asimismo, fuera del país, las lecturas globales y poscoloniales desconfían de la lectura de este episodio como puerta hacia la modernidad, considerándola ingenua y determinista, cuando no eurocéntrica. Si a esto le sumamos la pujanza de la perspectiva anglosajona, con el eje revolucionario 1688-1776 como bandera, podemos entender que el caso francés haya dejado de ser considerado un laboratorio político en el que el mundo, incluso el occidental, debe reflejarse. Esto es algo que lamenta el autor en sus palabras finales, con las que pone en valor el potencial inspirador «de la ideología revolucionaria [...] como un acontecimiento excepcional y resueltamente incomparable, precisamente porque quería crear un mundo nuevo» (p. 385).

Hablamos, por lo tanto, de un magnífico libro en cuyo debe se podría poner el desprendimiento por parte de su autor de cualquier compromiso escrito con las fuentes secundarias, relegadas a unas —por otra parte, amplias— «orientaciones bibliográficas finales» (pp. 413-438), y que no haya hasta entonces más citas ni referencias que las de las fuentes primarias. Se podría considerar esto un defecto, decimos, pero no lo vemos así. Hay que reconocer que este sistema agiliza la lectura, y que la inclusión de una historiografía sobre la historiografía haría que el texto, ya de por sí extenso, fuese impracticable, y probablemente menos claro. El lector entenderá, a buen seguro, sin que De Francesco tenga que decirlo, que su papel de narrador omnisciente (no exento de afirmaciones categóricas) es un recurso, nunca una renuncia a su condición de miembro de esa sucesión de autores (y contextos) que vienen incidiendo en la Revolución francesa en los últimos 245 años.

Antonio CALVO MATURANA  
<https://orcid.org/0000-0002-7510-212X>